

NO CONOCEMOS LA CIUDAD

Memorias Urbanas.

MARIA GLORIA HERRERA A.
Lic. en Educación Preescolar
Universidad del Quindío

VILMA OROZCO OSORIO
Lic. en Tecnología Educativa
Universidad del
Quindío



Plaza de Bolívar
Armenia 1936

La memoria urbana de una ciudad es creada por los acontecimientos, los sucesos que ocurren en los espacios, tiempos, prácticas y objetos diferentes pero copresentes en ella.

Nos ubicamos en la dimensión del tiempo para recoger los relatos que nos sitúan en la Armenia de ayer y de hoy, tomando como pautas algunos sitios de interés rescatados de la memoria de los «viejos». Cómo era la ciudad hace unos 50 años?. Sitios que sirvieron de encuentro cultural, social y cívico: La Plaza de Bolívar, el Parque Sucre, la Estación del Ferrocarril y el Castillo de Getsemaní. La memoria individual y social, se hace de referencias.

Se van documentando y describiendo sitios que fueron de interés para las personas, sitios de encuentro, goce y recreación antes de ser reconstruidos. Recuperar los aportes de la experiencia personal, para construir relatos que acumulan saberes educativos y enriquecen la memoria del pueblo.

Se busca la cotidianidad percibida por los ciudadanos de hace 50 años frente a la cotidianidad que tienen hoy.

La observación de fotografías antiguas de Armenia confrontadas con lo que hoy son esos lugares, enriquecen los relatos de una manera lúdica.

Estos personajes no son desconocidos para nosotros, pues han gestado en nuestra ciudad alguna historia; nos hemos relacionado con ellos, a partir de relatos que encuentran eco con los

hechos por nuestros abuelos.

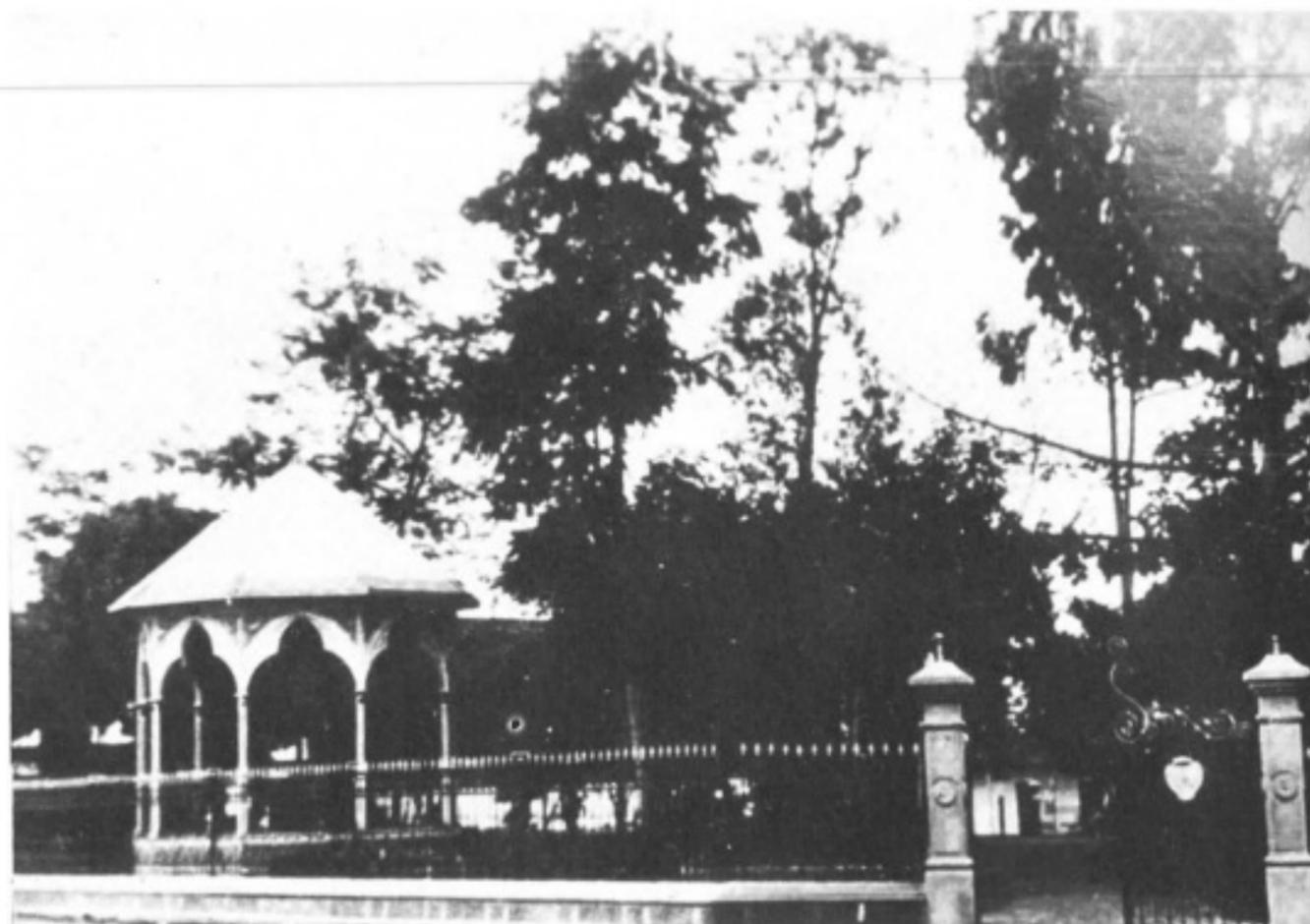
Armenia pertenece al selecto grupo de las ciudades importantes del Viejo Caldas, capital de un departamento que se ha destacado como centro cafetero del país.

Las gentes que conforman su presupuesto humano, descienden en casi totalidad de la raza antioqueña, la de sus colonizadores, caracterizada por espíritu emprendedor, de franqueza, su valor, su laboriosidad y condiciones étnicas particulares que le han permitido distinguirse en el ámbito nacional.

«Yo tengo por ciudad y

quiero el pueblo donde yo nací, Salgar Antioquia, yo lo quiero porque es mi patria chica, Armenia la quiero mucho porque hace 57 años que vivo aquí, cómo no la he de querer si aquí conseguí lo

que tengo. Ya tantos años uno viviendo acá, uno siempre le tiene cariño a la ciudad y Armenia fue muy, muy bueno entonces uno está agradecido de Armenia.



Parque Sucre 1930

Cómo no voy a estar agradecido de Armenia si yo llegué aquí con 10 o 20 pesos en el bolsillo, compré un carro por 150 pesos y me conseguí la señora, tuve 17 hijos, los levantamos, levantamos 14 y lo que tenemos ahora «es pura utilidad todo eso», imagínese cómo no va a querer uno a Armenia, así esté como esté de malo, como esté, uno lo quiere y Armenia es muy bonito a pesar de que le han cambiado muchas cosas que eran muy hermosas, las han remodelado ya, ya no es como era pues ahora años (aparte del relato del señor Alvaro Restrepo, sobre la ciudad).

Muy pocos años le bastaron para hacer el tránsito de casería a corregimiento y otro tanto para convertirse en municipio.

Armenia fue fundada el 14 de octubre de 1889 por

Jesús María Ocampo Toro, apodado el «Tigrero» y otros. Ahora es la ciudad capital de una próspera región. Exhibe un nuevo rostro estético en un contexto urbano diferente. La aparición constante de barrios nuevos en Armenia a partir de las últimas décadas, ha dado cabida a un urbanismo que tiende a acabar con las líneas de construcción tradicional, con los espacios verdes y frondosos que invitan al descanso y a la interacción de los ciudadanos.

Volvamos nuestra mirada a algunos lugares que son y fueron de tradición y mucha importancia para la ciudad y sus ciudadanos que aún en sus recuerdos añoran los escaños de su plaza central, el silbato del tren, la retreta de los viernes en el Parque Sucre y el Castillo de Getsemaní, que motivó mil fantasías.

Ellos describen lugares, resaltando su pasado y lo que significa en su cotidianidad.

UN SITIO DE ENTRETENIMIENTO

«Esa era la verdadera plaza de Bolívar»: expresiones como esta se escuchan entre los relatos que hacen nuestros personajes...

Se perdieron de sus alrededores sus edificaciones de balcones, chambranas y bahareque, su catedral como era de bonita» (relato del ciudadano Alvaro Restrepo, acerca de la Plaza de Bolívar). «Me parece que era mejor como era antes, la iglesia que estaba era más bonita, la construcción, verla, era agradable, que la que hay ahora, quizás porque es construcción moderna. La plaza era

agradable por sus árboles, bancas. Era concurrida para descansar, para charlar, para uno encontrarse con alguien, amigos o amigas. En los árboles venían a dormir muchos pájaros, muy diferentes, empezaban a llegar a las cinco de la tarde, era hermoso escucharlos cantar. Era el sitio central de la ciudad para las personas que venían, reuniones políticas, desfiles, procesiones, en fin, el sitio más fácil de reunión.

Los cafés que habían alrededor era muy buenos porque uno jugaba con los amigos dominó, parqués, ajedrez y billar. No había problema, había mucha amistad, no había peligro, se podía uno quedar hasta tarde» (relato del señor Jaime Bedoya con relación a la Plaza de Bolívar).

«La iglesia era lo más bonito que tenía la Plaza de Bolívar.

La Plaza tenía árboles, palmas, y los carros de servicio público que se estacionaban alrededor. Era muy limpia y se sentaban como ahora todos los viejitos a comentar, a hablar, a charlar. También recuerdo las casas de bahareque y las fuentes de soda donde se reunía toda la muchachada y a donde a las que nos gusta el traguito nos servían ron en posillo tintero. La de antes era más bonita, no le veo ningún sentido como está ahora, parece un estadio. La Catedral antigua han debido reconstruirla para dejar el recuerdo de lo que era no esa iglesia espantosa que hay ahora» (Nancy Osorio).

La señora Lidia López, hace así su relato: «La Plaza de Bolívar la veo cruel, amplia, como para una manifestación, una procesión, de la de antaño añoro sus palmeras, el

Simón Bolívar con esa imponencia en la mitad de la Plaza». «La Plaza era linda con todos esos árboles, los carros alrededor, esa de ahora no tiene gracia» (Lucía Arboleda). Si miramos en contraste la Plaza de Bolívar de ayer con la de hoy, encontramos que, para las nuevas generaciones, su pasado no está escrito en ningún sitio de la Plaza, sólo en el recuerdo de sus abuelos, en donde aquellos espacios de «Encuentro» que permitían el entretenimiento y la interacción ya no existen. El café era para los señores de ese entonces el lugar más placentero y permisivo que les consentía desfogar sus cansancios y represiones hogareñas.

Las calles enmarcaban la Plaza en una cuadrícula, que permitía a la muchachada revolotear a su alrededor y darse el galanteo, para luego reposar ilusiones en sus

banca. Hoy la Plaza se cerró por dos calles y se reconstruyó toda, ya no es la misma Plaza provinciana; pero aún se suceden encuentros: de los viejos para traer a su mente los recuerdos de su Plaza y su ciudad. Eventos políticos y religiosos todavía se perpetúan y se escucha el clamor por la justicia y la protesta; derechos que no han pasado de moda entre las gentes de ayer y de hoy.

UNA TARDE DE RETRETA

«Lo que más me gustó siempre de Armenia fue el Parque Sucre, porque era un poquito más grande que el de ahora, porque ahora tiene muchísimo andén y en ese tiempo tenía más árboles; hacían retretas los viernes en la noche con la famosa

orquesta de don Anacleto Gallego, entonces uno se iba con las amigas y con el novio a dar vueltas en el parque, a escuchar música selecta muy bonita, a comer helados, crispetas» (Nancy Osorio).

«Pocón pocón lo que le han remodelado, los árboles están iguales; eso porque le han hecho jardineras y le arreglaron el piso, prácticamente los árboles donde se hacían los peresozos, que era función de fascinar... casi no lo han cambiado» (Lida López).

El señor Jaime Bedoya: «El Parque Sucre tenía enredaderas, un kiosko donde se reunía la gente y la banda de Armenia, que daban la retreta, cada ocho días los viernes se reunían los muchachos con sus novias, eso era muy ameno, allí se formalizaban amistades por la razón de

que era muy agradable; todo el mundo asistía allí».

«Eso era delicioso ir a ese parque con todos esos árboles y a escuchar esa música tan linda con los

amigos» (señora Lucía Arboleda).

«Ese parque era muy bueno por las retretas» (Alvaro Restrepo). Los lugares de Armenia, contados por estos

ciudadanos nos reflejan su forma de leerlos, es el mostrar de quien la mira, el que le da a la ciudad su forma.

EL TREN LENTO VA PARTIENDO...

La Estación Nacederos de Armenia.

« Llegar a la estación cuando el pito del tren se oía... esa si era mucha emoción de nosotros!. Mi papá nos llevaba a visitar a su familia en Manizales. Yo todavía conservo unas gafitas con aro de plata que me regaló mi papá, para que no me entrara carboncillo en los ojos. ¡ Esa felicidad que uno se montara en ese tren!, empezar a recorrer esas estaciones con la algarabía de la gente, las paradas que hacía el tren eso era una delicia, comprar los tiquetes, irse uno en autoferro era mucho más rápido» (Lida López).

«La estación era bonita, había mucho movimiento, la dejaron acabar y caer» (Jaime Bedoya).



Castillo de Getsemaní 1940

Rubiela Uribe: «La estación del ferrocarril fue declarada monumento nacional y le están robando el tejado de las bodegas y nadie dice nada».

Armenia primero fue puerto de mulas que atravesaban la cordillera y después cuando llegó el ferrocarril, puerto de camiones que acometían la azarosa travesía, por ello vivió una febril actividad comercial con la construcción de grandes bodegas y depósitos. Ese ambiente de puerto aún sin río ni mar, permitió que la ciudad creciera de manera vertiginosa, aunque un poco en desorden, debido a la falta de una estricta planificación urbana.

CUPULAS DE SUEÑOS Y FANTASIAS

El Castillo de Getsemaní fue construido por su dueño como una réplica de uno de España, que nadie recuerda cuál, conserva su estructura original en el interior y por fuera en un costado. El frente fue reconstruido con locales comerciales y bodegas.

El segundo dueño, quiso reconstruirlo y demolió dos cúpulas de la terraza, pero desistió por los costos. Para él, el castillo no significaba nada, era sólo una inversión más. El Castillo debería ser un patrimonio de Armenia. Es una casa de habitación con 19 apartamentos que yo cuido y conservo para que no se dañe. En la antigüedad funcionó también como vivienda en arriendo

de familias prestantes de Armenia, quienes para ocuparlas debían presentar su partida de matrimonio y filiación política, el que no era godo, no podía entrar aquí. En ese tiempo era de la «Zona Rosa», hoy es de la «Zona Roja».

El Castillo tiene su capilla, se celebraban misas todos los domingos, se efectuaban matrimonios que eran legalizados por misioneros que constantemente visitaban el Castillo. En Semana Santa se vestía la Dolorosa para su procesión; era un Castillo muy concurrido por políticos, artistas, religiosos y asociaciones cívicas, en fin, era muy importante para Armenia. Yo aquí vivo muy feliz» (relato de la señora Rubiela Uribe, manizalita administradora del Castillo y nuera del actual dueño).

Doña Lida López cuenta: «El

Castillo era muy bonito; las cúpulas eran hermosas, en una de ellas su dueño colocaba la bandera de Colombia, la de Armenia y el Escudo Nacional. En su Capilla se hacían misiones y se celebraban matrimonios en comunidad de los que vivían en concubinato. La parte que construyeron era lindísima, ahí se tomaban fotos todos los que venían a Armenia; se llenaba de gentes. El dueño tenía mucha plata; en el interior del Castillo tenía viviendas y locales para sus cuatro fábricas; fábrica de jabón Esmeralda, una trilladora de café y fábrica de café El Pavo, una fábrica de sanitarios».

«Era una construcción muy bonita, había una costumbre que decían misa; era una devoción del dueño. Era muy visitado por lo bonito, la gente que venía a Armenia, venía con la idea

de visitarlo « (don Jaime Bedoya).

«Era hermoso en esa época. Lo cambiaron. No tiene estilo de Castillo, le hicieron una bodegas, unas bobadas...» (doña Lucía Arboleda).

«Ah, ese Castillo era una hermosura y era una dicha ir en semana santa allá!» (Alvaro Restrepo).

El Castillo de Getsemaní, construcción revolucionaria para su época fue sitio de encuentro en las ceremonias de la Semana Santa, allí se gestaron infinidad de obras cívicas que en su momento engrandecieron la solidaridad y convivencia ciudadana.

En su época fue un edificio que estaba ubicado en la zona residencial de la ciudad, donde se albergaron ciudadanos importantes, hoy el lugar ya no es el mismo,

las fábricas y los almacenes opacaron su magnificencia.

Actualmente alberga en sus corredores exteriores transeúntes nocturnos que no le importan a nadie, quienes encuentran en sus frías lozas, dónde reposar.

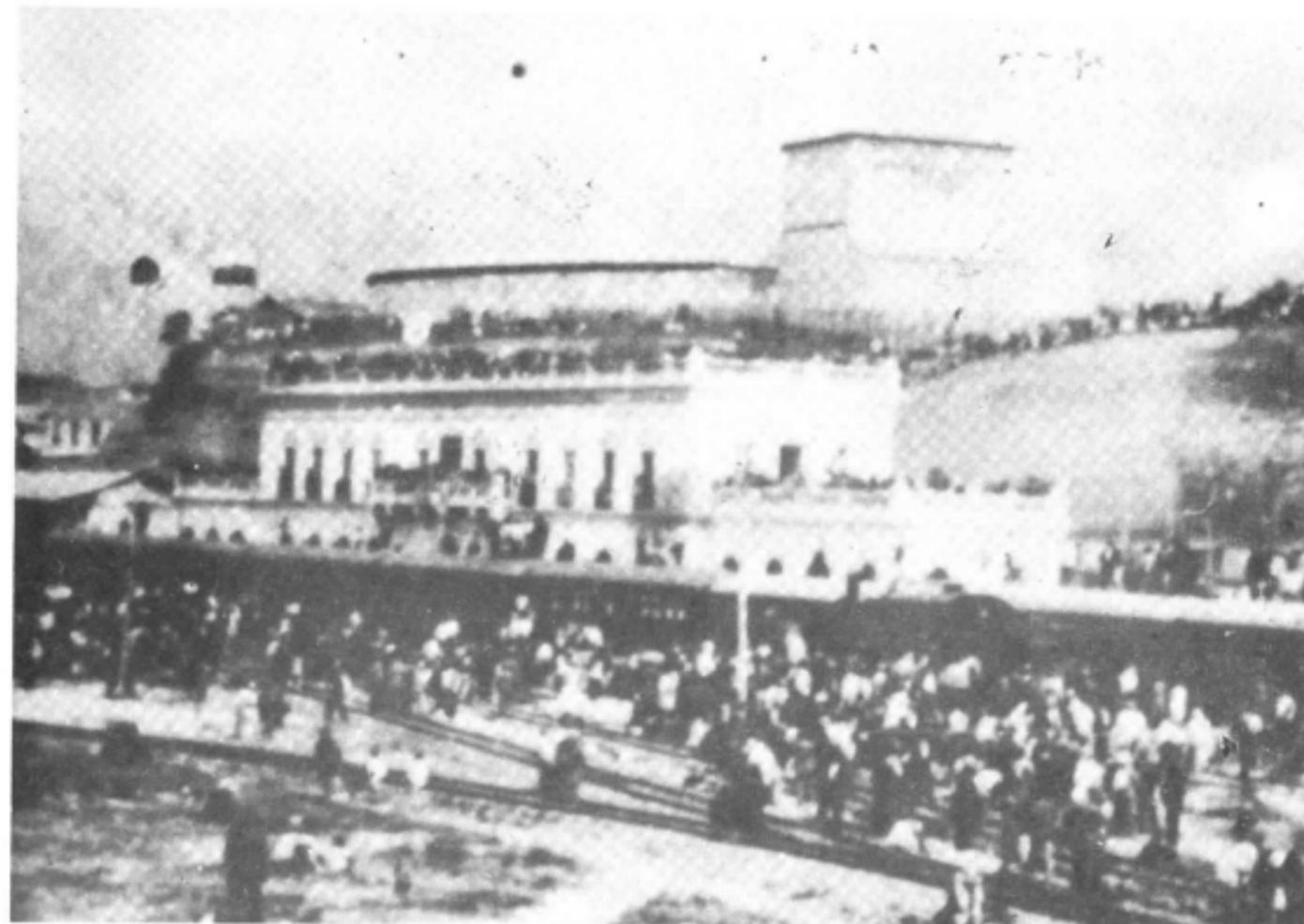
«La ciudad pierde su memoria cuando los planeadores, constructores y arquitectos ignoran los signos y los símbolos de cada tiempo y anclan a una comunidad un universo y una historia natural» (Byrne Carroll-K, 1988: 79-80.

Cosmópolis -Seminario Comunicación y Ciudades).

Entre las diferentes miradas que se hacen a estos sitios de la ciudad, algunos los han mirado desde el ángulo arquitectónico, no le dan

importancia a que sean espacios de recreación y socialización, pues para ellos son espacios de encuentro casual.

Con el crecimiento acelerado de nuestra ciudad, parece



Estación del Ferrocarril 1929

hacerse cada vez más difícil el uso, vivencia y goce de esos espacios públicos.

Lo público para los habitantes, es percibido ahora como un espacio indefinido, de «nadie», un territorio anónimo y no como las zonas colectivas en donde confluyen las aspiraciones y los intereses comunitarios y de la administración local.

Distintos fenómenos han llevado a que se abandone por parte de los habitantes el derecho a incidir en el uso y manejo de manera colectiva de estos espacios, la inseguridad, la violencia, el desempleo, la especialización de zonas y áreas de la ciudad (industria, comercio, banca, instituciones, etc.), la llegada de pobladores de distintas regiones y la disminución paulatina de los niveles de arraigo e identidad local, al igual que

la insuficiente cobertura institucional encargada de su vigilancia y control, han contribuido a esta renuncia, abandono e indiferencia hacia el espacio público y pérdida de la memoria urbana de la ciudad.

Nuestros personajes relatores observaron viejas fotografías que representan la ciudad como era; los relatores elogian la ciudad de las fotografías y la prefieren a la presente, aunque callan su pesar ante los cambios, reconociendo que la grandeza y prosperidad de Armenia convertida en ciudad, comparada con la vieja Armenia provinciana no compensa la imagen perdida que, sin embargo, se puede disfrutar sólo ahora en las viejas fotografías. Se concibe la ciudad en su carácter participativo, dinámico y formativo. Las ciudades que educan no están hechas: hay que hacerlas, hay que

«metérmolas en la cabeza y en el corazón».

«Finalmente, se conservará sólo lo que más se ama... se amará lo que seamos capaces de comprender y se comprenderá sólo aquello que se enseñe. «Baba Dioun».